



COLABORACIÓN

Nuevos pacientes... Una clínica psicopedagógica posible

New patients... A possible psychopedagogical clinic

Liliana González¹

gonzaleali@arnet.com.ar

Investigadora independiente. Argentina

Recibido: 28|11|16

Aceptado: 05|12|16

Como José A. Castorina dijo “uno no puede hablar de lo que no hace en su práctica” y yo hace cuarenta y nueve años que atiendo chicos, adolescentes con sus padres y docentes, y de esos cuarenta y nueve, treinta y tres son de práctica docente, entiendo que algo puedo decir con referencia a cómo ha ido cambiando todo el mundo, mi ciudad, mis pacientes, mis padres y sobre todo yo.

En función de que el tema que debo abordar en esta ocasión se refiere a ‘los nuevos pacientes’, entendí que, más que hablar de los autores que leí, leo y seguiré leyendo, era preferible traer aquí, imaginariamente, los decires de algunos pacientes. Seguramente cuando ustedes los escuchen se van a dar cuenta de cómo cambió el contexto en el que viven los chicos de hoy y que, por supuesto, produce cambios subjetivos porque “Tenemos que mirar la educabilidad o la clínica psicopedagógica o lo que ustedes quieran, en la dialéctica sujeto-contexto” (Castorina). O sea que cada paciente que llega, lo hace con su contexto y el contexto de hoy ha cambiado y viene cambiando vertiginosamente. No es que estoy viendo la vida desde un espejo retrovisor o desde una posición nostálgica: “padres eran los de antes, maestros eran los de antes”. A mí esa posición no me resulta útil, pero sí reconocer que en el hoy hay cambios muy rápidos que impactan por supuesto en la vida de los chicos que llegan al consultorio. Quiero decir que si hoy Freud tuviera que re-escribir el “Malestar de la Cultura”, mantendría mucho de lo que allí reflexionó magistralmente, especialmente las fuentes del malestar. Una de esas fuentes del malestar para Freud son los fenómenos naturales, que el hombre no puede manejar ni controlar. Otra es el propio cuerpo, que aunque no queramos se enferma, envejece. La tercera fuente es el vínculo con el otro, y la verdad es que los psicopedagogos trabajamos siempre lo vincular. Porque aunque el paciente esté solo en el consultorio fue traído por sus papás que construyeron su historia, que a su vez incluye a los abuelos, y no hay institución formada por los seres humanos que no tenga malestar, malentendidos y conflictos.

Hoy, si algún cambio contundente en lo profesional puedo contar es la entrada en los medios de comunicación, y empezar a preocuparme por algo que durante muchos años no me había planteado y que es el campo de la prevención. Creo que hay mucho por hacer ahí, si es que no queremos quedarnos como espectadores pasivos de lo que se anuncia como desaparición y/o la adultización de la infancia o como el fin del siglo del niño.

¿Podemos quedar pasivos frente a la falta de juego de los chicos, la pérdida del amigo del barrio en las grandes ciudades, la violencia que estalla en las instituciones fundantes, la

¹ Profesora y Licenciada en Psicopedagogía. Especialista en clínica de niños y adolescentes y orientación familiar. Coordinadora de talleres para padres y docentes en instituciones del área de salud y educación.



genitalización de la sexualidad infantil o los síntomas físicos otrora de adultos que están preocupando muchísimo a los pediatras (gastritis, stress, depresión, úlceras, etc.)?

Hace dos años tuve el privilegio de poder escribir un libro con un pediatra² que mira al paciente más allá de la fiebre, de la alergia, o las vacunas. Los pediatras deberían hacer ese trabajo de mirar más allá del cuerpo y observar el vínculo del bebé con la mamá y con el papá.

Me da muchísimas esperanzas pensar en instalar un trabajo interdisciplinario con los pediatras, testigos privilegiados por encontrarse con el paciente en los primeros años fundantes y por el impacto de su palabra en la escena familiar.

DECIRES DE PACIENTES

Primer caso: Francisco.

Esto pasó hace ocho años y lo sigo poniendo como ejemplo de, quizás, uno de los pacientes más posmodernos que tuve. Francisco cuando llega a la consulta tiene nueve años y en una de las sesiones entra con mucha bronca diciéndome: *¡Odio la de lengua! Está re loca, ¡Odio la de lengua! Me puso un satisfactorio en un cuento que está perfecto.* Entonces le digo: *¿Por qué crees que está perfecto? Porque tiene inicio, desarrollo y final* Le digo: *¿Me lo trajiste? Sí, me tira la hoja toda arrugada, sucia ya con bronca.* Y el cuentito decía: *Había una vez un sapito verde que de tanto comer mayonesa se puso amarillo. Fin.* Tiene inicio, desarrollo y final. Entonces le digo: la verdad Francisco que tenés razón: tiene inicio, desarrollo y final. *Viste que está loca, por eso la odio.* No, Francisco, no está loca, no la odies, lo que pasa es que ella sabe que sos inteligente, que tenés un montón de ideas en tu cabecita y ella esperaba un cuentito un poquito más largo. *¡Ay que viva que sos vos!, ¡que viva que es la seño!, si yo mientras más escribo, más me equivoco, peor nota me saco.* O sea que él elegía las palabras que no tenían dificultades ortográficas para escribir su cuento. Le digo: tu papá tiene campos ¿no? *Sí, me dice. ¿Y vas a heredar? Y por lo menos uno. ¿Y qué vas a plantar? Soja ¿qué querés que plante?* Entonces le digo: suponte que ya sos grande, heredaste un campo, estás por sembrar y sembras dos semillas (porque él había hecho dos renglones) *¿qué te pasa con la cosecha? Y... no cosechas nada.* Claro Fran, con dos renglones también se cosecha poco.

Se va bastante enojado.

Después tuve otros pacientes sosteniendo el mismo concepto de la siembra mínima y la cosecha máxima. De los que creen que con poquito esfuerzo se puede lograr grandes éxitos. Como el aprendizaje es esfuerzo, es trabajo, esto se complica. Recurrir a la especulación es más frecuente en el secundario: el que estudia para zafar, el que se conforma con el seis. En el mes de octubre mi consultorio se llena de cálculos matemáticos buscando cómo llegar al promedio y aspirando que una buena nota de concepto mejor el panorama. Esto del no esfuerzo creo que tiene mucho que ver con la invasión mediática y publicitaria a la que los chicos están sometidos. El contexto actual está muy mediatizado, la publicidad pretende convencernos que con poquito esfuerzo uno puede lograr grandes resultados. Es el triunfo del a-horismo, del Llame Ya.

Segundo caso: Tomás de once años.

Vienen la madre y el padre desesperados porque está en quinto grado pasando a sexto y se resiste a leer. No es que no sepa leer, aprendió pero no quiere. Entonces la madre le lee las lecciones, hace la síntesis, le lee la síntesis...están desesperados porque se viene el secundario y

² Se refiere a González, Liliana y Enrique Orschanski. *Cre-cimientos. Una mirada desde la Psicopedagogía y la Pediatría sobre las nuevas infancias y adolescencias*, Córdoba: Ediciones del Boulevard, 2011. Nota de la redacción.

realmente un secundario sin leer es imposible. Entonces, cuando le pregunto por qué no lee, me dice: *porque es aburrido*. ¿Qué te aburre?

Toma un libro que tenía sobre el consultorio lo abre y dice: *Mira, ves que ahí adentro nada se mueve*. Claro, los libros vienen sin botones que acciones de modo que las letras salten, brinquen, se llenen de colores.

Esto lo conecto directamente con una entrevista con unos papás que traen un bebe dormido plácidamente mientras hablan de su hijo mayor. Cuando despierta, llora, la mamá introduce su mano en la cartera y yo, nostálgica pienso “va a sacar chupete, mamadera, osito de peluche”, no. Apareció una tablet. El bebé de un año y tres meses con su pequeño dedito empezó a manipular la tablet y de allí salían ruidos, sonidos, rayos, colores. Quedó hipnotizado. Ahí pude pensar que si de tan pequeñines les ofrecemos tecnología el libro será algo muy aburrido donde nada se mueve.

IMAGEN VERSUS PROCESOS SIMBÓLICOS

El impacto de la cultura de la imagen atenta contra los procesos simbólicos de los chicos. No digo que sea una de las causas del fracaso escolar, pero sí del aburrimiento y de no encontrarle sentido a la escuela. Dicen que se aburren, que los maestros son aburridos. ¿Qué pasaría si les pudieran hacer zapping a los docentes? ¿Cuántos se sostendrían en el aula?

Hace seis años, seis mil pediatras de todo el mundo, en el marco de un Congreso Internacional de Pediatría en Córdoba, pidieron a todos los que estábamos ahí, para que a su vez seamos voceros, que nunca debería ser puesto un bebe frente a la pantalla antes de los dos años, porque el sistema nervioso central es muy inmaduro y produce irritabilidad cortical a posteriori convertida en la hiperactividad que tanto aparece en las escuelas. Sugirieron, además, no más de dos horas consecutivas de pantallas porque ya están viendo pacientes con problemas visuales, auditivos, posturales y una epidemia de obesidad por sedentarismo. Claro, las horas que antes se jugaba a la pelota, a las escondidas o se corría, ahora es pantalla, pantalla y más, pantalla.

En *Hacia una infancia virtual*, Esteban Levin³, nos alerta y deja muy en claro a qué se le llama adicción a la pantalla. Narra un suceso ocurrido en Brasil en el que cuatro niñas jugaban a tirarse de un octavo piso. Las dos primeras mueren y las otras dos (que obviamente no saltaron) pudieron contar que estaban jugando a rebotar, como en los dibujos animados donde los que se tiran, rebotan. No estoy diciendo que los dibujos animados provoquen esto. El riesgo es que la vida de un niño pase por la pantalla y que lo virtual le gane al mundo real, por ejemplo, tirarse de la azotea como Superman creyendo que va a volar. Tiene que haber algún adulto que le diga: *Superman que parece que vuela, no lo hace. Es un dibujito, si vos te tiras de la terraza te matas*. Tiene que haber alguien que introduzca la dimensión de lo real cuando los chicos están tan metidos en la virtualidad.

La tercera sugerencia de los pediatras en el Congreso fue: ‘Nada de pantallas dos horas antes de dormir. Muchos chicos tienen el televisor en el cuarto y ven tele hasta última hora. ¿Cuál es la razón? No segregan melatonina (hormona del sueño) Ésta empieza a producirse cuando cae el sol, cuando empieza a oscurecer por eso a las diez de la noche tenemos sueño todos ¿no? Bien, si cuando cae el sol se prenden las pantallas, los chicos no segregan melatonina y a las diez de la noche cuando le dicen al papi o a la mami “un ratito más, un ratito más” es porque de verdad no tienen sueño. Sabemos la importancia de un buen sueño, prolongado y profundo para ir a la escuela en condiciones de atender y aprender.

Bien, hasta ahí lo que dicen los pediatras. Lo que voy a sumar yo como psicopedagoga, lo que estoy viendo en los consultorios como fenómeno nuevo es la caída de la *autoría*. A los chicos les está costando mucho autorizarse, les está costando mucho escribir un cuento, inventar algo, ficcionar, porque los adictos a la pantalla se han acostumbrado a apretar botones y que los autores sean otros: otro hizo la película, otro la biografía, otro musicalizó, otro, otro. La escuela les da una

³ Buenos Aires: Nueva Visión, 2006.



hoja en blanco y les pide que escriban un cuento. Para ello deben haber leído cuentos o les tienen que haber leído cuentos. Ese es uno de los grandes cambios que yo veo en la clínica de hoy: la dificultad para autorizarse.

Tercer caso: Matías de diez años

Éste es angustiante porque llora de aburrimiento con mucha angustia: *a mí todo me aburre, yo creo que ya he hecho todo lo que se puede hacer en la vida, bien*. Matías tiene una familia con muy buen nivel económico. Todos los juegos electrónicos que quiere; cancha de tenis y fútbol en su casa. En fin, parece tenerlo todo. Le digo (irónicamente) *¿y si te compran algo nuevo todos los días?* Contesta: *no, claramente no es la solución. ¿Por? Y porque yo juego diez minutos con el nuevo también me aburro*. Entonces le cuento: Vos sabes que yo fui a una isla donde me llevaron en un barquito y me dejaron por dos horas porque en la isla no había nada. *¿Cómo nada?* Sí, no había baño, no había quioscos, *no había shopping*, me dice... *¿y a qué fuiste si no había nada?* Bueno había pájaros, había mariposas, había vertientes, había un paisaje increíble pero sobre todo había dos chicos que se reían muchísimo jugando. *¿A qué jugaban?* Ya se empezó a acomodar cuando le dije que había chicos que se reían, él hace rato que no lo hace. Entonces le digo: habían llenado la mitad de la botella de coca con arena mojada y en vez de raquetas, porque no tenían... *¿Cómo eran los chicos? Eran negritos...* si en la isla la raza es negra... *¿y estaban bien vestidos?* No, estaban descalzos, con unos *shorcitos* rotos... *ah! eran pobres*. Y seguramente sí. Bueno, no tenían raquetas le digo, pero habían agarrado la hoja de una palmera y con esa hoja le pegaban a la botella y la botella volaba por el aire, ellos la iban a buscar hasta que gritaban gol, cualquiera sea el que la buscara y festejaban el gol los dos ya sea que cayera en el mar, en la arena... dice: *parece re divertido*. Le digo por lo menos ellos se reían mucho y se vuelve a poner mal, *pero yo tengo un problema Lili, ¿cuál?, en mi casa no hay palmeras*.

Bien, qué podemos decir. Crecer en un medio consumista con esa falsa e ilusoria completud que dan los objetos, acompañado de vacíos afectivos ya que sus padres trabajan todo el día para que a los hijos nada les falte Entonces cuando los padre me dicen *“¿qué le falta? si le damos todo”*. Y bueno, le falta la falta, le falta que algo le falte de vez en cuando para que pueda soñar, desear, esperar, ilusionarse con algo.

Los chicos tremendamente aburridos como él, que no pueden salir de ese estado con algo creativo poniendo a trabajar la máquina del pensamiento y se angustian porque es una especie de muerte de lo simbólico, un no subjetivarse. *En mi cabeza no hay ideas...*

Este vacío de sentir, de pensar, de decir en la infancia, es peligroso en la adolescencia. Hoy los psicoanalistas hablan de una nueva patología que es la del vacío existencial donde incluyen la droga, el alcohol, los embarazos adolescentes, los suicidios, los trastornos alimentarios, como un modo de llenar vacío frente a un no saber qué hacer o que ser después que termine la escuela obligatoria. Cuando el mundo les pregunte y sobre todo su familia: bueno se acabó lo obligatoria y ahora *¿qué querés ser? ¿Qué vas a hacer de tu vida?*

Juntar el ‘ser’ con el ‘hacer’ es un privilegio que asegura la pasión y el crecimiento en lo que emprendas. Cuando uno hace psicopedagogía porque quiere ser psicopedagoga y no porque no se animó a ser psicóloga o psicoanalista o licenciada en educación no le va a faltar pasión, estudio, aprendizaje.

DECIRES DE PADRES

Una pareja joven consulta por un niño de tres años. La mamá con mucha angustia y llorando dice: *Me han llamado de la escuela y la verdad mi hijo es un monstruo. ¿Qué hace? Tiene tres años y cuando le vienen ganas de hacer pis hace un poquito en la mochila de todos los compañeros*. El padre riéndose se saca la gorra y muestra una cabeza rasurada y tatuada con pájaros de todos

colores. Me dice: *a mí me encanta que sea un pájaro libre*. Ahora yo me pregunto, un chico de tres años, plena etapa de educabilidad, todavía instalado como perverso polimorfo diría Freud, tiene que elegir un discurso pedagógico ¿Cuál le gustará más, el del padre o el de la madre? Obviamente que el del padre.

Una mamá llama para traer un niño de tres años. Le pido que no lo traiga que concurra sólo la pareja para una primera entrevista. Abro la sala de espera: ella y el chiquito. La madre en posición estática mientras el hijo le pegaba patadas en la tibia y le decía los dos adjetivos terminados en "uda", uno empieza con b y el otro con p. Ella, como congelada decía: *¿ve por qué se lo traigo?* Y le agrega a la escena una frase contundente que escucho cada día más: *"se lo traigo porque yo ya no puedo con él"*. Y es verdad que ya no pueden con él, lo que es terrible es que lo digan en su presencia. El chico hace una sonrisa y se transforma en un pequeño tirano de sus padres.

Ese es el traspasamiento del poder al niño, que pasará a manejar la vida cotidiana eligiendo qué ponerse, qué comer, dónde festejar el cumpleaños. ¡A los tres años! Esto no hace más que adultizarlos en una edad que, por supuesto, no lo pueden sostener. Imaginemos por un instante este niño llegando a la adolescencia. Por eso los padres que se acuerdan de los límites en la adolescencia están llegando un poquito tarde porque el bebé ya necesita límites, porque si fuera por él se quedaría con el pecho eterno y el colecho con los padres... ¡qué mejor posición que la de un bebe!, cuánto cuesta abandonarla. Cuántos niños de nivel inicial no han podido separarse de la mamá y viven la distancia como un desgarró. Como si se tratara de un abandono.

"Yo ya no puedo con él" tiene que ver con esto, con la adultización de la infancia, con el traspasamiento del poder, con el borramiento de la simetría educativa. Uno se pregunta quién es el padre aquí, quién es el adulto. Esta caída del adulto, de la autoridad, de la asimetría no es sin consecuencias en la constitución subjetiva es terrible.

Otro papá consulta diciendo *"Liliana yo acá no vengo a pagar y a mentir, le voy a decir la verdad, yo me voy a las ocho de la mañana, vuelvo a las nueve de la noche y cuando estoy estacionando el auto pido a Dios que estén dormidos"*. A eso se le llama hoy hijos horizontales: los que están horizontales cuando los padres se van y cuando vuelven también, y en esa horizontalidad obviamente que es imposible construir un vínculo. Ese caso lo tomo para hablar de la ausencia de crianza gozosa. Creo que la hiperactividad, la hiper ocupación de los padres ha producido mucha soledad en la infancia. Los remito al libro de Sergio Sinay, *La sociedad de los niños huérfanos*, donde claramente habla no de la ausencia del padre que falleció (al que nada puede pedirle) sino de los que están y pudiendo estar eligen no hacerlo porque los compromisos laborales, sociales, deportivos, estéticos etc. roban tiempos familiares.

En una ocasión una mamá lo expresó muy claramente: *"tenemos tres hijos y mi marido sigue viviendo como soltero, no se pierde nada"*. Hay más dificultad que antaño para renunciar a algunas cosas por los hijos. Pienso que los bebés de Cromañón no hubieran muerto si hubiera habido padres que renunciaran al recital, ya que no es un lugar para ellos.

Una consulta en el mes de marzo. La mamá dice: *"le voy a hacer una consulta preventiva"*. Viene con su hijo de ocho años, quieren entrar los dos juntos. (Yo siempre dejo que entren los que quieran) El niño dice *hablá vos mamá...* *"vio que le dije que era una consulta preventiva", si, "bueno, vamos a tener un mal año*. Le pregunto por qué. *"Nos tocó una tarada, ya la tuvimos, ya la sufrimos, ya sabemos"; "le he dicho a éste que aguante...son 9 meses"*. Y si, tendrá que cursar el año a sabiendas que nada aprenderá ya que una "tarada" no tiene qué enseñarle.

NUEVAS DEMANDAS. OTRAS CONSULTAS

A las clásicas consultas por dificultades específicas de aprendizaje hoy se suman las angustias por problemas de socialización y fundamentalmente padres desconcertados, "desbrujulados" indecisos entre el Si y el No. El uso de la tecnología, los permisos anticipados, las autonomías no responsables, la presión social especialmente en el consumo y las necesidades



creadas. Por todas estas razones y por muchísimas más es que la psicopedagogía está cada día más demandada. La verdad que, a diferencia de cuando yo me recibí, creo que está más posicionada en lo social. Al hacer talleres con docentes surge la necesidad de equipos psicopedagógicos en las escuelas. Lo que no significa que los psicopedagogos estemos respondiendo adecuadamente. Me parece que están supervisando menos, están haciendo menos grupos de estudio.

Estoy hablando en general, y seguramente las causas económicas tienen mucho que ver. Pero tenemos un campo de acción increíble y cada uno nuevo que se abre aumenta la exigencia de formación y de investigación para poder responder a la altura de las circunstancias y bueno, sobre todo el campo de la prevención, que yo lo entiendo con pediatras, con los docentes de nivel inicial (ambos privilegiados por intervenir en los tiempos fundantes de la constitución del sujeto) y en los medios de comunicación.

Una de las cosas que más ha impactado sobre nuestra práctica clínica en la posmodernidad es el tema del tiempo. La verdad que en los tiempos acelerados que nos tocan vivir nos piden rapidez, el manual de autoayuda, la terapia breve, la cosa mágica y la verdad que nuestra práctica no está ligada a la prisa, no puede dejarse atravesar por el apuro. Pero si tenemos que saber que no tenemos el tiempo de antaño, (las tres sesiones semanales que tenía cuando empecé a trabajar) ni la paciencia familiar para instalar un paciente y para sostener un tratamiento: *"Cuánto tiempo va a durar esto[...] usa el psicoanálisis[...] yo no quiero nada largo eh, nada de ir para atrás, quiero una ayudita, quiero que me lo mire un poquito y que me dé un diagnóstico porque la escuela me apura con un informe que dicen necesitar urgente"*.

Si a eso le sumamos que los niños y adolescentes son traídos por sus padres y llevados por ellos, padres que suponen un saber y la verdad es que no sabemos nada de ese hijo y necesitamos trabajar con ellos para reconstruir la historia del sujeto, su familia y la trayectoria de sus aprendizajes. Por eso es tan difícil de sostener nuestra clínica. Padres (al menos uno) que sostenga la transferencia (el supuesto saber del terapeuta). Escuelas que no apuren, que entiendan que los tiempos del sujeto no son los tiempos de las instituciones; pacientes que entren en transferencia con su decir en palabras, dibujos, juegos. Ahí empieza algo fundamental: clarificar, ver si se trata de un trastorno o un síntoma porque eso plantea una diferencia fundamental en la dirección de la cura.

El trastorno puede tener un origen sensorial, auditivo, neurológico y quizás con anteojos, audífonos, medicación o reeducación se soluciona O quizás es un chico que está ubicado en una escuela que no es para él y cambiándolo de escuela el problema desaparece. Esos son trastornos. No tienen valor de mensaje. No son construcciones del inconsciente.

El trastorno puede ser medicado, reeducado, orientado, en cambio el síntoma no. El síntoma no se corrige, no se educa, no se reorienta. Al síntoma hay que escucharlo, hay que desentrañarlo. *"Por qué suma y no resta, por qué multiplica y no divide, por qué no copia, por qué le duele la panza antes de ir a la escuela"*. Es, como decía Freud, un jeroglífico a descifrar, eso no se hace sin escucha y sin tiempo. Ese tiempo que a veces no nos dan.

En ese síntoma del chico hay casi siempre algo de lo parental. En el trastorno no. Por ejemplo, el síntoma de la hiperactividad que es una "epidemia de moda", ese cuerpo que se mueve sin parar. Puede ser algo neurológico ¿o no? Puede ser, que faltó oxígeno al nacer, puede ser que tenga una irritabilidad cortical, puede ser que necesite a lo mejor una medicación, pero en la mayoría de los casos no es así. En general se trata de una cuestión emocional: o no lo escuchan; o está hiper estimulado por las pantallas o está reaccionando a una mamá postrada en la cama con depresión. Entonces el trabajo de desciframiento si es un trastorno o un síntoma no es poca cosa. Hacerlo ayuda a no caer en la medicalización de la infancia y poner chalecos químicos aquietando y silenciando lo que no puede decirse.

Muchísimos de los chicos desatentos, medicados (lamentablemente) son chicos desatendidos, moviéndose sin parar, no aprendiendo en el colegio para llamar la atención de sus padres. La verdad que todos nosotros tenemos que batallar contra esto. No estoy diciendo no a lo neurológico, estoy diciendo no a universalizar lo neurológico cuando en realidad y para colmo, no hay un diagnóstico específico y certero de este síndrome.

A pesar de que el tiempo influyó mucho sobre nuestra praxis, yo digo que hay algo que no cambió con el tiempo y es el valor de la palabra. Cambiaron los encuadres, las técnicas, trabajamos en equipo con maestras de apoyo cuando lo pedagógico viene muy comprometido y con una sesión semanal no alcanza para escuchar, descifrar, enseñar.

Yo creo que a pesar de las crisis transferenciales que tenemos con las instituciones, con el descreimiento generalizado hacia la figura de los políticos, de los funcionarios, la desconfianza mutua entre padres y docentes, nuestros tratamientos y encuadres de trabajo siguen apostando a la palabra, no hacemos firmar contratos, no hacemos firmar pagarés, apostamos a la palabra. No hay letra grande ni letra chica... confiamos. Y hoy hablar de confianza me parece que es importantísimo, porque hay una paranoia generalizada donde todos desconfían del otro y cuando se retira la confianza se retira la educación. Si un docente no confía en los alumnos y piensa "a los chicos hoy nada les interesa", (como si estuvieran muertos) retiró la confianza en el alumno y no puede educar. Estoy hablando del valor de la palabra en épocas de la preeminencia de la imagen y el sonido y en tiempos donde el acto le viene ganando a la palabra.

La violencia social, familiar, institucional y demás tiene que ver mucho con el fracaso de la palabra. Cuando uno pierde la capacidad de decir con palabras la bronca, el malestar o la furia, actúa. Entonces, la violencia es un fenómeno muy paradójico porque es un estallido del lenguaje cuando fracasa la palabra. Es lenguaje pero sin palabra. Cuando Juniors de Carmen de Patagones mató a sus cuatro compañeros, él había tallado en su banco de madera dos frases terribles ¿las conocen?: *lo mejor que puede hacer la humanidad es suicidarse y si alguien le encuentra sentido a la vida que lo escriba aquí*. Un chico de 14 años que está pensando en un suicidio universal, que está diciendo que no le encuentra sentido a la vida y que jugaba en el recreo a matar a sus compañeros con el dedo índice tenía muchas cosas para decir. Sin embargo era calladito, no molestaba en el aula. Cuando habló, habló con balas ¿se entiende? Podría haberse matado, como muchos que matan y después se matan, pero de todos modos es el triunfo de la cultura de la muerte en alguien que no le encuentra sentido a la vida. Entonces, qué mejor lugar que la escuela, qué mejor lugar que la escena clínica donde invitamos a hablar a los padres, a hablar a los chicos. Ojalá haya docentes que no silencien a sus alumnos que no se encanten con las aulas mudas. La escuela es un lugar ideal para repartir la palabra.

Recreando la práctica

Nuestra clínica psicopedagógica, sobre todo desde que empezamos a entender la importancia de la palabra, es una clínica efectiva que tenemos que sostener con formación, con análisis personal, con supervisión y sobre todo con una posición ética. Hoy la ética que a mí me sostiene es la del psicoanálisis porque es la que apuesta a no borrar la subjetividad, a que cada caso es único e irreplicable, la que apuesta a escuchar a un sujeto y su familia. Entonces esa ética es la que nos permite transitar el camino de la clínica a veces caminando, a veces un poquito más rápido porque nos apuran pero sin chocar con el otro, sin desconocer al otro y sin perder ese increíble, mágico y espectacular paisaje que es el de la subjetividad. Es una clínica que no aburre. Nada se repite. Cada día el consultorio es una sorpresa que estimula a seguir aprendiendo. Es inconcebible que un psicopedagogo se resista a aprender cosas nuevas y no esté absolutamente compenetrado con la cultura.

En el inicio de la carrera, la clínica psicopedagógica que aprendí era reeducativa. Tratábamos síntomas no sujetos. Los mismos ejercicios para los disléxicos, disgráficos, discalculicos. Era tremendamente aburrida, Por suerte los pacientes patean los tableros, patean las certezas teóricas, nos hacen pensar, cuestionan la teoría y nos hicieron buscar otra formación: la de la constitución subjetiva.

Creo que hoy las mayores demandas que tenemos los psicopedagogos se refieren a niños que no quieren ir a la escuela, que no le encuentran sentido, que se resisten. Hoy afrontamos la paradoja que en nuestras escuelas hay cada vez más chicos en el aula pero menos alumnos.



Tenemos muchos inscriptos y pocos alumnos, porque no alcanza asistir para convertirse en alumno. Hay que tener deseo de aprender.

La falta de deseo de aprender, estos aburridos y los aburrados (diría Alicia Fernández) del sistema, los desatentos y los desatendidos, esta epidemia de falsas dislexias que en realidad son resistencias a la lectoescritura. La verdad que cada vez son más complejos los casos y al mismo tiempo cada vez más nos dan menos tiempo. Entonces propongo una resignación psicopedagógica, pero resignación con un guión en el medio, re-signación, o sea no son los pacientes de antes, no son los pacientes de tres veces por semana, no son los pacientes de largos tratamientos. Pero eso no implica transformar nuestra práctica en una terapia breve, en dar "tips" al modo de recetario. Hay que re-signarla, volverla a signar, buscar todas las estrategias que podamos para poder hacer de nuestro quehacer una práctica efectiva. Lo que aprendí con el tiempo es que no tireone ningún tratamiento. Si a los cinco meses o a las cinco sesiones se quieren ir..., los suelto Quizás vuelvan con otras preguntas, en otro momento, con otra posición. Llega un momento en que siento que los adultos vienen tan heridos narcisísticamente, tan golpeados por un montón de cosas que plantean cierta resistencia a que le abramos la herida.

La resistencia a la angustia que para Freud es el único afecto verdadero *No toquemos este tema* te dicen, *bueno yo tuve una madre... pero de eso prefiero no hablar*. Es como que quieren frenar ese buceo hacia adentro que a nosotros tanto nos interesa y yo creo que hay que ir como respetando esos tiempos.

Si interrumpen, hay que marcar que el trabajo no está terminado que pueden aparecer otras cosas y que podrán volver o buscar otro terapeuta el que sea. Lo interesa es que el paso de un niño por el consultorio psicopedagógico no sea un nunca más ¿por qué? Porque quién de nosotros puede decir que no lo va a necesitar en algún momento. Entonces, hacer del encuentro psicopedagógico un lugar para que recuperen el deseo de aprender.

Una vez escuché decir que uno de los grandes dramas de los psicopedagogos es que no tenemos padre, que somos disciplina sin padre. El psicoanálisis lo tiene a Freud, lo psicogenéticos a Piaget, nosotros... ¿Quién es nuestro padre? ¿Quién es? ¿Seremos huérfanos? Y resulta que encuentro en Freud en su artículo "Análisis Profano"⁴, que hace falta pensar la aplicación del psicoanálisis a la pedagogía y dice textualmente:

Quando un niño comienza a manifestar signos de una evolución indeseable, mostrándose malhumorado, irritable, distraído, diríamos hoy desatento, ni el pediatra ni el médico escolar pueden hacer nada por él, incluso en aquellos casos en que el niño presenta claros fenómenos nerviosos como angustia, inapetencia, vómitos o insomnios. En cambio, por medio de un tratamiento mixto de influjo analítico y medidas pedagógicas desarrolladas por personas que no desprecien ocuparse de las circunstancias del ambiente infantil se consiguen suprimir los síntomas nerviosos. Es innegable que el psicoanálisis tiene aún muchos enemigos, ignoro de qué manera se van a oponer a la actividad de los analíticos pedagógicos o pedagogos analíticos y no creo posible que lo logren. (1926: 95)

Ignoro de qué manera se opondrán a la actividad de los psicopedagogos y no creo posible que lo logren. Era 1926 y Freud nos estaba abriendo un camino, preanunciaba la necesidad de una convergencia de lo psicológico y lo pedagógico cuando se trata de niños y adolescentes en formación y prevenía contra los posibles enemigos. En mi trayecto profesional he encontrado psicólogos que desvalorizaban nuestra tarea, pedagogos que no nos entendían, docentes que se inquietaban con nuestra presencia en las instituciones, etc. Pero hoy estoy convencida que el principal enemigo de la psicopedagogía es uno mismo, si uno se para insegura en la práctica, si no hacemos crecer nuestra disciplina con encuentros como estos, con estudio, con formación. La verdad es que con cuarenta y dos años de ejercicio profesional puedo asegurar que la práctica psicopedagógica es posible y es eficaz, pero hay que formarse, hay que capacitarse, hay que ponerle toda la pasión que se pueda y hay que hacer mucho turismo interno para descubrir si uno es

⁴ En Freud, S, *Análisis profano. Psicoanálisis y Medicina*, 1926e.

lo que quiere ser. Si quiere estar donde está y si hay un niño escondido por ahí que nos dibuja caritas felices al encontrarse trabajando y jugando con niños.